



Fritz Leiber

—◆—
**NUESTRA
SEÑORA
DE LAS
TINIEBLAS**

Premio Mundial de Fantasía

—◆—
GRAN FANTASY
martinez roca

Franz Westen, un escritor que intenta superar su alcoholismo y la muerte de su esposa, se dedica a novelizar la serie televisiva Profundidades extrañas. Pese a que es un hombre culto y plenamente consciente del ínfimo valor que se conceden a sus libros, se toma en serio su trabajo, compartiendo su vida con algunos vecinos de un edificio situado en San Francisco.

Su amor a los libros antiguos le llevará a conocer Megapoli-somancia, Una nueva ciencia de las ciudades, una ciencia que versa sobre el lado más oscuro de las ciudades modernas, y un enigmático personaje: el ocultista Thibaut De Castries. Poco a poco se irán conociendo las implicaciones del ocultista con el círculo de San Francisco, a principios del siglo XX, con autores de la talla de Jack London o Ambrose Bierce, y la influencia ejercida sobre un joven prodigio, Clark Ashton Smith, quien después de aquel primer flirteo se enclaustraría en su granja.

La muerte del enigmático personaje dejó muchas preguntas en el aire, y el novelista se va obsesionando cada vez más por desentrañar la madeja, sin ser consciente de que todavía quedaba una baza por jugar, Nuestra Señora de las Tinieblas. Lentamente, la alocada teoría del ocultista empieza a cobrar sentido para él. ¿Existió realmente? ¿Cuál fue su papel? ¿Dónde se encuentra?

Contraportada

Una de las novelas más importantes de un verdadero maestro del género fantástico: Fritz Leiber, creador del ciclo de Fafhrd y el Ratonero Gris y el escritor que más premios literarios recibió a lo largo de toda su vida.

«Nuestra Señora de las Tinieblas» es una de las piedras angulares de la narrativa fantástica moderna.

A partir de las revelaciones de un libro raro que encuentra en una librería de viejo, «Megapolisomancia: una nueva ciencia de las ciudades», Franz Westen llega a obsesionarse con las antiguas actividades del autor del texto, Thibaut de Castries, un ocultista que defendía la existencia de entidades paramentales en las ciudades y fundador de una sociedad secreta a la que pertenecieron, entre otros, Jack London y Ambrose Bierce. Hasta que Westen descubre que el apartamento donde vive podría estar directamente relacionado con las actividades desarrolladas por De Castries...

Las páginas de «Nuestra Señora de las Tinieblas» cobran vida a partir de un relato de Thomas de Quincey. En ellas el arte de Fritz Leiber transforma meras sensaciones en la abrumadora presencia de lo sobrenatural. Un clásico del género por derecho propio.

«Nuestra Señora de las Tinieblas" es una historia de terror sobrenatural de primera categoría escrita con la relajada facilidad de un consumado maestro«—David Pringle». Fantasía moderna: las 100 mejores novelas».

Prólogo

Pero la tercera Hermana, que es también la más joven... ¡Cuidado! ¡Susurrad cuando habléis de ella! Su reino no es grande, o de lo contrario no habría nada con vida, pero dentro de ese reino todo el poder es suyo. Su cabeza, enorme como la de Cibeles, se alza más allá del alcance de la vista. Nunca baja la mirada, y sus ojos, al elevarse tanto, puede que queden ocultos por la distancia.

Pero, siendo lo que son, no pueden ocultarse. Puede leerse desde el suelo, a través del tenue velo negro que lleva, la fiera luz de una ardiente miseria, que no descansa mañana ni tarde, ni a mediodía o a medianoche, ni en la pleamar o la bajamar. Ella es la que desafía a Dios. Es también la madre de las locuras, y la que induce a los suicidas. Las raíces de su poder son profundas, pero la nación que gobierna es pequeña. Pues sólo puede acercarse a aquellos en los que una naturaleza profunda ha sido soliviantada por convulsiones centrales, aquellos en quienes el corazón tiembla y el cerebro se mece bajo conspiraciones de tempestades interiores y tempestades exteriores. La Madonna se mueve con pasos inseguros, rápidos o lentos, pero siempre con trágica gracia. Nuestra Señora de los Suspiros se arrastra tímida y furtivamente. Pero esta Hermana más joven se mueve con gestos incalculables, rebotando, y con saltos de tigre. No lleva ninguna llave, pues aunque aparece rara vez entre los hombres, derriba todas las puertas en las que se le permite entrar. Y su nombre es Mater Tenebrarum, Nuestra Señora de las Tinieblas.

Thomas De Quincy.

«Levana and Our Three Ladies of Sorrow».
Suspiria de Profundis.

1

La colina empinada y solitaria llamada Corona Heights era negra como la noche y muy silenciosa, como el corazón de lo desconocido. Se alzaba contra las nerviosas y brillantes luces del centro de San Francisco como si fuera una gran bestia nocturna que escrutara su territorio en paciente búsqueda de su presa.

La pálida luna se había puesto, y las estrellas en el negro cielo brillaban todavía afiladas como un diamante. Al oeste se extendía un banco de niebla. Pero al éste, más allá del centro comercial de la ciudad y la bahía cubierta de niebla, asomaba la estrecha y fantasmal franja de las primeras luces del amanecer, recortada contra las cimas de las colinas bajas situadas tras Berkeley, Oakland y Alameda y el lejano Monte del Diablo.

A cada lado de Corona Heights las luces de las calles y las casas de San Francisco, más débiles al final de la noche, la bañaban con aprensión, como si fuera realmente un animal peligroso. Pero en la colina en sí no había ni una sola luz. Desde abajo, a un observador le habría resultado imposible distinguir su contorno irregular y las extrañas grietas que coronaban su cima (que incluso las gaviotas evitaban) y salpicaban acá y allá sus faldas peladas y yermas, visitadas de vez en cuando por la niebla, pero carentes de las caricias de la lluvia desde hacía meses.

Algún día la colina tal vez sea arrasada con excavadoras, cuando la avaricia sea aún mayor que hoy y el respeto a la naturaleza primordial sea aún menor, pero ahora todavía podía producir terror y pánico.

Demasiado salvaje y seria para ser un parque, había sido inadecuadamente diseñada como patio de recreo. Cier- to, había algunos campos de tenis y limitadas zonas de hierba y edificios bajos y pequeños grupos de pinos en su base, pero aparte de eso, la colina se alzaba escarpada, desnuda y desdeñosamente solitaria.

Y ahora algo parecía agitarse en la oscuridad (era difícil decir qué). Tal vez uno o varios de los perros salvajes de la ciudad, sin hogar durante generaciones, capaces de hacerse pasar por mansos (en una gran ciudad, cuando se ve a un perro que va a lo suyo, sin amenazar a nadie, sin adular a nadie, comportándose de hecho como un buen ciudadano con trabajo que hacer y sin tiempo para tonterías, y si ese perro carece de chapa o collar, entonces pueden estar seguros de que no tiene un dueño descuidado, sino que es salvaje, y está bien adaptado). Tal vez algún animal más salvaje y más secreto que no se había plegado al dominio del hombre, sino que vivía de forma casi invisible contra él. Tal vez, seguramente, un hombre (o mujer) tan hundido en el salvajismo o la psicosis que no necesitaba luz. O tal vez sólo el viento.

Y ahora el lazo de luz al este se volvía rojo oscuro, y todo el cielo se iluminaba de un extremo a otro, las estrellas desaparecían y Corona Heights empezaba a mostrar su superficie seca, hirsuta, marrón claro.

Sin embargo, perduraba la impresión de que la colina estaba inquieta, pues por fin había decidido cuál sería su víctima.

2

Dos horas más tarde, Franz Westen contemplaba a través de su ventana la torre de televisión de trescientos metros de altura que se alzaba roja y blanca a la luz de la mañana, destacando sobre la bruma nevada que todavía enmascaraba a Suro Crest y Twin Peaks, situadas a cinco kilómetros de distancia, y contra la que se recortaba Corona Heights, encogida y marrón. La torre de televisión (podríamos llamarla la Eiffel de San Francisco) era ancha de hombros, estrecha de cintura, y con piernas largas como una mujer hermosa y estilizado... o una semidiosa. Mediaba entre Franz y el universo, igual que se supone que el hombre media entre los átomos y las estrellas. Contemplarla, admirarla, casi reverenciarla, era su saludo de cada mañana al universo, su afirmación de que estaban en contacto, antes de hacer el café y volver a meterse en la cama con una carpeta y una pluma para cumplir el trabajo diario de escribir historias de horror sobrenatural y especialmente (su pan y su sal), novelizar el programa de televisión *Profundidades Extrañas*, para que los televidentes pudieran también leer, si así lo querían, la mezcolanza de brujería, Watergate y amores no correspondidos que veían en casa. Un año antes Franz habría estado reflexionando sobre sus desgracias a esta hora de la mañana, preguntándose cuál sería la primera copa del día, si ya la había tomado o si había acabado con todo el alcohol disponible la noche anterior, pero eso quedaba ya en el pasado, y era otra cuestión.

Leves sirenas de niebla se avisaban unas a otras en la distancia. La mente de Franz corrió brevemente cuatro kiló-

metros más allá, donde la niebla debía de estar cubriendo la bahía de San Francisco, a excepción de las cuatro cimas que abarcaban el primer tramo del puente hasta Oakland. Bajo aquella superficie de aspecto helado habría filas de coches impacientes, la charla de los barcos, y procedente de debajo del agua y el fondo fangoso, pero oído por los pescadores en sus barquitos, el extraño rugido del TRAB (Tren Rápido del Área de la Bahía), que atravesaba las vías subterráneas mientras llevaba a sus trabajos al principal contingente de obreros.

Danzando en el aire llegaban las notas dulces y alegres de un minueto de Telemann que Cal tocaba a la flauta dos pisos más abajo. Franz se dijo que Cal tocaba para él, aunque tenía veinte años más que ella. Miró el retrato al óleo de Daisy, su esposa muerta, junto a un dibujo de la torre de televisión realizado con líneas negras como telarañas en cartulina roja fluorescente, y no sintió ninguna culpa. Tres años de pena de borracho (todo un récord) lo habían borrado todo, hasta que lo superó hacía un año.

Bajó la mirada hasta la cama del estudio, todavía a medio deshacer. En la mitad intacta, junto a la pared, había un pintoresco montón de revistas, ediciones en rústica de novelas de ciencia ficción, unas cuantas novelas de detectives en edición de tapa dura, todavía con su envoltorio de celofán, y media docena de brillantes libritos como *Golden Guides* (Guías Doradas). y *Knowledge Through Color* (El conocimiento a través del color), su lectura recreativa, opuesta a su material de trabajo y de referencia, que le esperaba sobre la mesita de café junto a la cama. Habían sido su compañía principal, y casi la única, durante los tres años que había permanecido borracho contemplando estúpidamente la tele.

Pero siempre las había ojeado y hasta estudiaba sus brillantes páginas de vez en cuando. Apenas un mes antes se le ocurrió que su alegre disposición casual componía una mujer esbelta y descuidada tendida junto a él sobre la col-

cha: por eso nunca ponía las revistas en el suelo, por eso se contentaba con la mitad de la cama, por eso las disponía inconscientemente en forma de mujer con piernas largas, larguísimas. Decidió que eran la «amante del erudito», sobre la analogía de «amante holandesa» ese almohadón largo y flexible al que se agarran los durmientes en los países tropicales para que capture el sudor, una compañera secreta, una *call girl* atrevida pero estudiosa, una hermana delgada e incestuosa, eterna camarada de su trabajo de escritor.

Con una mirada afectuosa hacia el óleo de su esposa muerta y un cálido pensamiento dirigido a Cal, que enviaba al aire la pirueta de sus notas, se volvió con una sonrisa conspiradora a la forma cubista que ocupaba todo el interior de la cama.

—No te preocupes, querida, siempre serás mi chica favorita, aunque tendremos que mantenerlo en secreto —susurró, y se volvió hacia la ventana.

Fue la torre de televisión, alzándose de aquella forma tan moderna sobre Sutro Crest, con sus tres largas patas hundidas en la niebla, lo que le hizo volver a conectar con la realidad después de su larga escapada en un sueño de borracho. Al principio, la torre le pareció increíblemente chillona y de mal gusto, una intrusión peor que los rascacielos en la que antaño fuera la más romántica de las ciudades, una obscena encarnadura del mundo vocinglero de ventas y anuncios, e incluso, con sus grandes miembros rojos y blancos recortados contra el cielo azul (como ahora, por encima de la niebla), una versión de la bandera americana en sus peores aspectos: franjas rojas como el anuncio de una barbería, gruesas estrellas en fila. Pero luego empezó a impresionarle contra su voluntad con sus luces rojas parpadeantes por la noche (¡eran tantas!; había contado diecinueve, trece firmes y seis intermitentes), y luego sutilmente le hizo interesarse en las otras distancias en el paisaje de la ciudad y también en las estrellas de verdad, y en la luna las noches que tenía suerte, hasta que volvió, a intere-

sarse apasionadamente por todas las cosas reales, no importaba cuáles fueran. Y el proceso no se detuvo: todavía continuaba en marcha. Hasta que Saul se lo dijo el otro día:

—No sé si está bien aficionarse a cada nueva realidad. Podrías acabar con una costumbre muy mala.

—Eso es todo un consejo, viniendo de un tipo que es enfermero en un hospital psiquiátrico —dijo Gunnar.

—Desde luego —respondió Franz inmediatamente—. Campos de concentración. Gérmenes.

—No me refiero exactamente a esas cosas —dijo Saul—. Supongo que estoy hablando de las cosas que se encuentran algunos de mis pacientes en el hospital.

—Pero todo eso no serían más que alucinaciones, proyecciones, arquetipos y todo eso, ¿no? —observó Franz, un poco asombrado—. Parte de la realidad interna, desde luego.

—A veces no estoy tan seguro —dijo Saul lentamente—. ¿Quién va a saber qué pasa si un loco dice que ha visto a un fantasma? ¿Realidad interior o exterior? ¿Quién puede diferenciarlas? ¿Qué dices, Gunnar, cuando uno de tus ordenadores empieza a dar datos que no debería dar?

—Eso es que se ha calentado demasiado —contestó Gun con convicción—. Recuerda, mis ordenadores son gente normal, no pirados y psicóticos como tus pacientes.

—Normalidad, ¿qué es eso? —replicó Saul.

Franz sonrió a sus dos amigos, que ocupaban dos apartamentos en el piso situado entre el suyo y el de Cal. Ella también sonrió, aunque no mucho.

Ahora Franz volvió a mirar por la ventana. El hueco de seis pisos de altura pasaba por delante de la ventana de Cal, un estrecho pozo entre este edificio y el siguiente, cuyo tejado plano casi estaba al nivel de su planta. Más allá, enmarcando su vista del otro lado, se hallaban las paredes blancas de hueso y manchadas de negro por la lluvia, casi sin ventanas, de dos altos edificios que subían y subían.

Había una rendija bastante estrecha entre ellos, pero Franz podía ver toda la realidad que necesitaba para mantenerse en contacto. Y si quería más siempre podía subir los dos pisos que le separaban del tejado, cosa que hacía últimamente con frecuencia, de día o de noche.

Desde este edificio en la parte inferior de Nob Hill el mar de tejados bajaba y bajaba, y luego volvía a subir, haciéndose cada vez más pequeño en la distancia, hasta el banco de niebla que ahora cubría la pendiente verde oscura de Sutro Crést y el pie de la torre de televisión. Pero a media distancia una forma parecida a una bestia agazapada, marrón claro a la luz de la mañana, se alzaba de entre el mar de tejados. El mapa decía que era Corona Heights, y hacía semanas que sacudía la curiosidad de Franz. Ahora enfocó sus pequeños binoculares Nikon sobre sus pendientes de tierra pelada y su encorvado relieve, que destacaban claramente contra la niebla blanca. Se preguntó por qué no habrían construido allí. Las grandes ciudades, desde luego, tienen extrañas intrusiones en ellas. Ésta era como un burdo resto del terremoto de 1906, se dijo, sonriendo ante aquella fantasía tan poco científica. Se preguntó, mientras hacía girar un poco más el pequeño disco de los binoculares, si se llamaría Corona Heights por la corona de rocas irregulares que tenía en la cima, y éstas se recortaron momentáneamente contra la niebla.

Una roca marrón y pequeña se distinguió de las demás y le saludó. ¡Maldita fuera la forma en que las lentes se agitaban con sus latidos! Una persona que esperara ver imágenes claras con ellas no usaba binoculares. ¿O podía ser algo que flotaba en su visión, una mota microscópica en el fluido del ojo? ¡No, allí estaba de nuevo! Tal como pensaba, era una persona con una gabardina o un gabán largo que se movía como si estuviera bailando. No se podían ver figuras humanas con detalle a tres kilómetros de distancia, ni siquiera con siete puntos de ampliación. Sólo se conseguía una impresión general de movimiento y altura. Queda-

ban simplificados. Ésta delgada figura de Corona Heights se movía con bastante rapidez, cierto, tal vez bailaba agitando los brazos, pero eso era todo lo que podía distinguirse.

Mientras bajaba los binoculares, Franz sonrió al pensar que algún hippie saludaba el sol de la mañana con brincos rituales en lo alto de una colina recién emergida de la niebla. Y sin duda también cantaba, desagradables gemidos como la sirena que ahora escuchaba en la distancia, esos que parecen frenéticos cuando se oyen de cerca. Probablemente alguien del manicomio de Haight—Ashbury, que se hallaba en aquella dirección. Un sacerdote drogado de una moderna deidad solar danzando alrededor de un Stonehenge accidental. Aquello le hizo dar un respingo al principio, pero ahora lo encontró muy divertido.

Sopló una repentina ráfaga de viento. ¿Debería cerrar la ventana? No, pues el aire volvió a quedarse quieto. Sólo había sido una extraña ráfaga.

Depositó los binoculares sobre la mesa junto a dos libros antiguos. El de arriba, encuadernado en gris sucio, estaba abierto por la primera página, la del título, cuyo tipo de letra utilitaria y sus grecas lo identificaban como perteneciente al siglo pasado, un trabajo chapucero de un encuadernador chapucero que no tenía ningún deseo de hacer algo artístico: *Megapolisomancy: A New Science of Cities* (*Megapolisomancia: Una nueva ciencia de las ciudades*), por Thibaut de Castries. ¡Eso sí que era una extraña coincidencia! Se preguntó si un sacerdote loco y drogado vestido con una túnica color tierra (o una roca bailarina, qué más daba) habría sido considerado por el viejo pirado de Thibaut como uno de los «hechos secretos» que había predicho para las grandes ciudades en el libro solemne y lleno de inquina que había escrito en la década de 1890. Franz se dijo que tenía que seguir leyéndolo, y también el otro libro.

Pero no ahora mismo, se dijo de repente, mientras miraba la mesita de café donde reposaba, en lo alto de un gran sobre manila sellado ya y dirigido a su agente en Nueva York, el manuscrito de su última novelización: *Profundidades extrañas 7: Torres de traición*, todo preparado excepto un toque descriptivo final que tenía que comprobar; le gustaba que sus lectores no se sintieran defraudados, aunque esta serie era literatura de evasión de la peor, creatividad secundaria por su parte en el mejor de los casos.

Mas se dijo que esta vez enviaría la novelización sin el toque final y declarararía el día festivo: empezaba a tener una idea de lo que quería hacer con él. Con sólo un destello de culpa ante la idea de estafar a sus lectores, se vistió y preparó una taza de café para llevarla al apartamento de Cal, y al pensarlo mejor llevó también los dos libros antiguos bajo el brazo (quería enseñárselos a ella), y se metió los binoculares en el bolsillo, por si se sentía tentado de volver a escrutar Corona Heights y su extraño dios de roca.

3

En el pasillo, Franz pasó ante la negra puerta sin pomo del trastero que jamás se utilizaba y la pequeña puerta con candado, donde había un conducto para la ropa sucia o un montaplatos (nadie recordaba qué), y la gran puerta dorada del ascensor, con la extraña ventanilla negra al lado, y bajó por la escalera alfombrada de rojo, que formaba tramos en ángulo recto de seis, tres y otros seis escalones alrededor del hueco oblongo situado bajo la sucia claraboya dos pisos más arriba. No se detuvo en la planta de Gun y Saul (la siguiente, la quinta), aunque miró a sus puertas, que estaban situadas una frente a la otra junto a la escalera, y siguió hasta el cuarto piso.

En cada rellano volvió a ver más extrañas ventanitas negras que no podían abrirse y unas cuantas puertas negras sin pomo. Era extraño cómo los viejos edificios tenían espacios secretos que no estaban realmente ocultos, aunque nadie los advertía. Al igual que los cinco conductos de aire de éste, cuyas ventanas habían sido pintadas de negro en algún momento para ocultar su suciedad, y los trasteros abandonados, que habían perdido su función con la muerte del servicio de limpieza barato, y en el zócalo las aberturas redondas de un sistema de calefacción que seguramente no había sido utilizado desde hacía décadas. Franz dudaba de que en todo el edificio hubiera alguien que los viera conscientemente, excepto él mismo, recién despertado a la realidad por la torre y todo lo demás. Hoy aquello le hizo pensar por un momento en los viejos tiempos, cuando este edificio fue posiblemente un hotelito con botones con cara